

sus suegros; después, si quiere, vuelve á la de sus padres. Los chanes, como las demás tribus, están muy fraccionados. Gill cuenta en Setchuán hasta diez y ocho tribus de miaotses, todas bajo el gobierno de un príncipe ó una princesa; y otras tantas de mantse desde Yunnán hasta el extremo Norte de Setchuán, cada cual también con su rey ó reina particular. Los impuestos se pagan á esos soberanos en trabajo personal y en productos del campo. En los antiguos censos de la población birmana los chanes representaban el 50 %.

Antiguamente existían aquí grandes Estados. Dupuis, vió en el ángulo N. E. del Tonkín, entre Sangka y el Yunnán, á un reyezuelo, reconocido por varios jefes de tribu, que pretendía ser descendiente de los antiguos soberanos del Yunnán, legítimo señor de todas las tribus indígenas de Yunnán, Kueitchu y Kuangsi. Hay también otros reyes entre las fronteras de Yunnán y Anam. La población indígena, bastante numerosa aun de la prefectura de Linchán, tenía anteriormente una especie de gobierno republicano. Cien hombres formaban una centuria al mando de un centurión, y los centuriones dependían del presidente, al que prestaban homenaje y obediencia. Una de las antiguas razas linchanes, los kwohlos, está gobernada por nueve ancianos elegidos por el pueblo. Otras razas del Kuangtung estaban siempre gobernadas por empleados indígenas, confirmados por el emperador.

CAPITULO III.

NOTICIAS HISTÓRICAS SOBRE LA CIVILIZACIÓN DEL ASIA ORIENTAL.

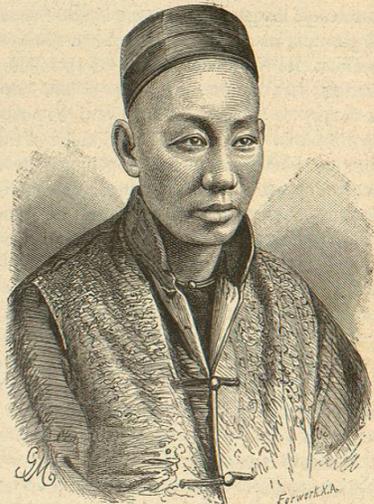
«Que la China tenía costumbres morigeradas mucho antes de que las tuvieran los más de los pueblos europeos, los griegos inclusive, es indudable; lo que no aparece tan claro es que progresaran en este sentido.»

J. BARROW.

Noticias históricas sobre la civilización del Asia oriental. — Edad de piedra. — Emigración china. — Elementos de civilización china transportados al Japón. — Historia de las relaciones recíprocas chino-japonesas. — Corea. — La Mandchuria y su adquisición por la China. — Los ainos. — Relaciones con los japoneses. — Algunas de las más originales y notables costumbres de los ainos.

El Asia meridional y la oriental estaban habitadas, antes que los asiáticos hubiesen llegado á un alto grado de civilización. En las pocas regiones formalmente exploradas de esos territorios se han encontrado herramientas, muebles y armas de piedra y de otros materiales. Cerca del gran lago de Cambodja se descubrieron útiles de piedra; entre ellos piedras redondas horadadas, que probablemente sirvieron para tumbas, casi todas de trabajo muy mediano; además ollas, huesos rotos y montones de conchas. Muchos de estos objetos están en el Museo de Tolosa, entre ellos conchas labradas. El Japón es rico en restos de la edad de piedra. Con mucha frecuencia se encuentran puntas de flechas, como las que usan todavía los ainos, y se veneran y guardan respetuosamente en los templos del Japón, no por la influencia que hayan podido ejercer los ainos en la religión de este imperio, sino por la veneración que se tiene en él á los hallazgos de restos del tiempo antiguo. Tampoco carece el Japón de los dos monumentos, que en Europa abrieron el horizonte de los tiempos prehistóricos. Morse descubrió en 1879 unos montones de conchas semejantes á los que entre nosotros se indican como desperdicios de cocina. Las tazas estaban hechas de conchas de

unos mariscos, que existen todavía cerca de Yedo, pero entre aquellos residuos había objetos de piedra, barro, asta de ciervo y hueso, de fabricación primitiva y ruda. Poco crédito merecen las huellas antropofágicas, que Morse pretende haber encontrado. También se han descubierto dólmenes en el Sud de Yedo que parecen haber sido sepul-



Joven chino (De una fotografía).

cro, y están formados de piedras sin labrar, y como están provistos de entradas cubiertas, recuerdan ciertos edificios de esa clase en Suecia.

Los objetos de piedra encontrados en el Japón, á veces están mezclados con otros más modernos, en cuya fabricación entra el hierro y el metal labrado. Algo más modernas son unas cuentas de coral y sortijas abiertas, que se consideran muy antiguas en el Japón. En la China no se han hallado objetos de piedra, y aun parece que en época lejana fuesen allí desconocidos los metales. De los anales de aquel país se desprende que 3.000 años antes de J. C. no se conocía más que el bronce, y que el hierro no fué conocido hasta dos siglos después.

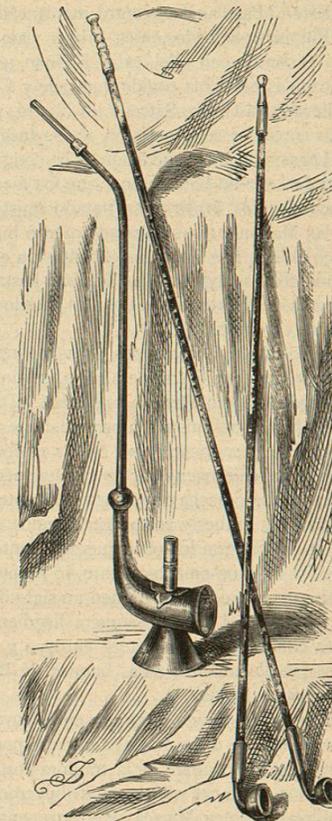
Dado que la China aparece ya en el crepúsculo de la más antigua historia, vamos á examinarla en la parte septentrional y Noroeste del futuro y grande imperio. Se puede decir que la China antigua estaba reducida en un principio á Chensi y Chansi y que la tercera provincia del Norte, Petchili, se le agregó muy pronto. La mitología de China cuenta que unos héroes, casi divinos, desecaron pantanos, establecieron canales y desarrollaron la agricultura: esto significa la magnitud y la dificultad del cultivo en la China prehistórica, y expresa la alegría que debió causar la realización de semejante trabajo. Una gran parte dilatada y fértil de la China debía ser, por decirlo así, sacada de pantanos. Es de suponer que en los territorios pantanosos, donde los canales son ora naturales ora artificiales, ensanchándose, alargándose ó formando verdaderas redes, una población procedente del Oeste cavó y allanó aquellos terrenos, que presentaban un conjunto de pequeñas elevaciones, lagos y pantanos; plantó allí sus arrozales, y se valió de la tierra extraída para formar diques y terraplenes, donde ahora florecen plantíos de morales, y se elevan las viviendas y puso, por fin, en mutua comunicación los canales naturales creando, por decirlo así, el aspecto general del país.

El rasgo característico de la historia china es el progreso siempre creciente del territorio que ocupa su pueblo y el triunfo que éste logró introduciendo en todas partes sus costumbres é instituciones, si bien más lentamente por mar que por tierra. Ningún Estado asiático ha llevado á tantas partes diferentes su poderío, ó á lo menos su civilización y su lengua, como la China. Basta recordar la situación del Japón y de Corea, que se llaman naciones hijas de la cultura china, para que la frase: «China, la Róma del extremo Oriente» no parezca exagerada. Las noticias de los autores más dignos de fe colocan el período de los acontecimientos dudosos 551 años antes de J. C., y demuestran que la China de aquella época no se había alejado mucho del Hoangho, dejando el punto céntrico del imperio, por algunos siglos más, en el Noroeste. El progreso hasta el Sud y Oeste, desde aquella época en adelante, se puede averiguar con bastante exactitud. Los pueblos que allí moraban fueron en parte exterminados ó rechazados hacia el Norte, y en parte fundidos con los chinos por medio de la civilización ya desarrollada, del comercio, del tráfico y de un sabio sistema de colonización militar favorecedora de la agricultura. Con excepción del Yunnán que fué incorporado á la China bajo la dinastía mogola de la parte meridional de la Mandchuria, de una parte fronteriza de la Mogolia, más allá de la gran muralla, y de la mitad Oeste de Setchuán, este imperio abrazaba ya, hace dos mil años, el mismo territorio, que aun hoy día se indica como la verdadera China, sin contar los países tributarios. Un gran número de tibetanos, birmanos y siameses moraban en los países meridionales y occidentales de este vasto imperio, que habían sido por ellos ocupados anteriormente, y todavía existe allí un número reducido de ellos, pero no pudieron resistir al progreso y predominio del elemento chino. Este elemento combate con aquellos pueblos medio salvajes como verdadero elemento de civilización; los caminos, los puentes, las escuelas, el comercio y el trato son sus armas; evita en lo posible las luchas sangrientas, para triunfar mejor y más decididamente por medio de la paciencia y de la astucia.

Todos los historiadores hacen resaltar el hecho de que la China ha llegado á ser un imperio colosal, no por medio de conquistas, sino por la colonización. Este método se enlaza tan estrechamente con el genio de los asiáticos del Este y las naturales condiciones de su existencia, que bien merece detenida reflexión. Las fronteras perfectamente adecuadas para la defensa, la fertilidad y el tráfico favorecieron el aumento de la población, pero no bastaron siempre para impedir las invasiones de las hordas medio salvajes, que amenazaban por todos lados, á los países interiores. Sin embargo, la masa de su población pudo oponer en breve la única resistencia efectiva contra tales invasiones, es decir, ir á buscar en su misma patria á aquellas hordas amenazadoras, educarlas y fraccionarlas para que unidas no pudiesen inundar y subyugar el interior del país. Vemos en la historia china que sus mejores soberanos se propusieron ensanchar su poder sobre las poblaciones nomadas, que moraban más allá de sus fronteras. Un gran número de obras públicas proceden de las colonias. A consecuencia de las frecuentes guerras, especialmente con motivo de la repartición de la China en tres soberanos, los emperadores tenían continuamente sobre las armas numerosos ejércitos, y civilizaban los soldados para obras de público interés. Según Biot, el victorioso Tchaotchong-Kué pidió diez mil hombres, á cada uno de los cuales le dió 20 manes (una fanega) de terreno. Después dijo: «Cuando llegue la época del deshielo, esta gente emprenderá los pri-

meros trabajos para el establecimiento de puentes y canales. Cuando la hierba esté crecida se formará un cuerpo móvil de caballería con acémilas para recoger el forraje. En el tiempo de la cosecha, unos cuerpos de tropa llevarán los cereales al centro principal, Kiutching, que así quedará abastecido. De este modo serán menores los gastos causados por el mantenimiento de las tropas, se evitarán las expediciones temporales, que cansan á los soldados y ocasionan perjuicios sin ningún resultado satisfactorio.

Cuando los mogoles colonizaron el país, fueron tan importantes fundadores de colonias como los emperadores precedentes, y como encontraron vastos espacios de terrenos



Pipas para opio, de los chinos (Museo Etnográfico, Munich).

desiertos, establecieron en ellos millares de familias, sacando de su trabajo alimento para las tropas. En medio de la China cultivada, permanecen todavía algunos pueblos llamados salvajes, y esto prueba que sus invasiones fueron pacíficas. Los chinos no penetraron en las regiones montuosas ó de acceso dificultoso. En el Sudoeste, ocupado desde hace tanto tiempo por los chinos, la parte oriental únicamente, el Setchuán, uno de los más productivos países de Asia, fué conquistada por los chinos en el año 316 de nuestra era. La tradición popular china refiere que un emperador, que se proponía conquistar el Setchuán, donde reinaba entonces un príncipe mantse, hizo esparcir la noticia de que poseía dos vacas, las cuales convertían en oro todo lo que comían. Envió á decir al soberano mantse que había resuelto regalárselas, pero que eran demasiado delicadas para andar por caminos ásperos y desiguales. El rey mantse hizo entonces el gran camino que todavía existe, y

el emperador chino invadió sus dominios y le subyugó. Esta tradición afirma simbólicamente que los chinos conquistaron por medio del comercio, del establecimiento de caminos y de la astucia.

La China ensanchóse penetrando siempre más en el interior que hacia el mar y sus lejanas orillas.

Es probable que los pueblos de la costa, chinos del Sud, únicos que alimentan la moderna emigración de China por mar, recibieron influencias de la China del Norte para anular ó á lo menos enfrenar los deseos de acometer empresas lejanas. La exclusión de las potencias extranjeras parece ser una máxima fundamental. Los chinos han sido predecesores de los europeos en el comercio y tráfico del Asia del Sudeste. Magallanes encontró mercancías chinas en las islas Filipinas. Salcedo, en su primer viaje de descubrimiento, encontró cerca del cabo Bolinao un barco chino, cuya tripulación había cogido á un jefe y á algunos indios para llevarlos á China. Salcedo los libertó, y los indígenas de las cercanías se sometieron desde luego al rey de España. Legaspi, en su expedición á la conquista de Manila, salvó á su vez un barco chino, que iba á zozobrar. Los chinos agradecidos firmaron un tratado amistoso con España. En las Marianas también se advirtieron huellas de antiguo tráfico chino. Los europeos encontraron en las islas de la Sonda chinos cuyas huellas llegaban hasta la costa de la Australia del Norte, desde tiempos anteriores á los descubrimientos europeos.

Aunque las costas de China y sus aguas no sean muy propicias para la navegación, sin embargo, según Macrisis, en 1429 llegó un barco chino hasta Adén y Djidda, é Ibn Batuta vió barcos del mismo imperio delante Calicut. En 1712 los holandeses encontraron en los mercados de Sumatra mercaderes chinos que hacían muchos negocios y les compraron toda la cosecha de pimienta. Por otra parte, en el siglo VIII había árabes y persas establecidos en Cantón. Cuando se presentaron los portugueses delante Malaca, los chinos los trataron amistosamente, lo propio que á Olivero del Noort en la costa de Borneo un siglo después. El almirante portugués Lope de Sequeira llegó en el año 1508 á Malaca con la primera escuadra europea y vió entre los barcos que llenaban la rada, buques de Bengala, Java, Siam, Peguán y China.

Allí se estableció un tráfico duradero entre europeos y chinos. Estos mismos se dirigieron al almirante portugués para aconsejarle que desconfiara de la traidora cortesía de Mahmud. Algunos capitanes chinos contribuyeron á descubrir el complot urdido en Malaca para envenenar á Sequeira. Dos años después, al llegar allí Alburquerque, los chinos fueron para él amigos y consejeros, y el héroe portugués les correspondió cuando, en la general destrucción de Malaca, mandó que fuese respetado el barrio chino.

Aunque los chinos no sean grandes navegantes, llegaron al mar de la Sonda, á todas las islas de este mar, ricas en oro y especias, cuya opulencia ofrecía un cebo irresistible á su codicia. Los monzones que los favorecen todavía en sus viajes anuales de ida y vuelta entre la India posterior y la China, facilitaban aquellas empresas. Así fundaron numerosas colonias en todos aquellos puntos importantes de comercio y tráfico compartiendo con los europeos y los árabes el comercio de estos países, y en algunas industrias, especialmente en la explotación de minas, han adquirido una especie de monopolio. A esas empresas se añadieron las de América y después de Australia. El número de chinos que viven fuera de su patria, llega á unos cuatro millones. Este número probablemente irá aumentando, pues allí se buscan con preferencia trabajadores chinos, que,

más sobrios, se contentan con un escaso jornal y una pobre morada. Bitter opina, sin embargo, que los chinos no son buenos para colonizar, fundándose en la ley que impide á los emigrantes llevarse á sus esposas é hijos. Pero los hijos de chinos, casados con mujeres malayas, mogolas, manchúas y otras extranjeras, son siempre chinos, no tan sólo por haber nacido en establecimientos chinos, sino también porque en ellos se reconoce el sello de cualidades físicas é intelectuales del padre más que de la madre. Además va siempre en aumento la emigración de las mujeres chinas. Un gran número de ellas se entrega á la prostitución, pero hay también madres de familia.

El comercio antiguo entre China é India apenas se valía del camino por Bhamo al Irawadi, que era el más corto. Los chinos atravesaban el Asia superior hasta la cordillera del Oeste, y llegaban á Cabul por Bactria y el Hindukuch. Hasta el principio de nuestra era no se conocían más que dos caminos importantes para el comercio de China con el Oeste. El del Sud pasaba por el Tibet y el Pamir á la India; el otro, el de Nanlu, iba de Jumen á Kuku-Nor; de allí al lago Lob, luego al Tarym y llegaba al Norte de este río por Kutche, Jarkanda y Kachgar á Pamir, que atravesaba por el paso del Terek. Al occidente del río sigue el curso de otro procedente del Yaxartes, luego el de este mismo río y finalmente torcía al Sud hacia Bactria. Un tercer camino más moderno, pero sin importancia, va desde Hami al Ili. Es un camino más militar que comercial.

La capital de los seres, colocada por Eratóstenes en el paralelo 22, ha sido puesta en comunicación con el golfo de Bengala mucho después, por medio de un camino que debe haber atravesado el Tibet oriental. Desde la India y la Bactriana penetró la seda en el Oeste. La encontramos en Babilonia y hasta Jerusalén y en el libro Isafas parece aludirse á chinos, que llevaron seda á Babilonia.

El tráfico directo de China con el Occidente nunca se pudo comparar con el hecho hacia el Sud y Este. En aquellos tiempos este imperio tenía más que ofrecer de lo que tuvo en el siglo XVI. El cristianismo, en la secta nestoriana, el islamismo más tarde y últimamente el desarrollo de la civilización occidental, pasaron del Occidente á la China. Esta en cambio, no dió más que te, seda, algunos productos industriales, y objetos de arte muy originales, que influyeron menos que los japoneses en el arte del Occidente. Hoy empieza á establecerse un comercio más directo con la masa oriental asiática, y se presiente ya el importante resultado que producirá el contacto entre el Occidente y este país extremo oriental del Asia, hogar de actividad, enjambre innumerable de trabajadores económicos, sobrios, pacientes, incansables.

La China necesita ser renovada, pues está en un período de decadencia. Richthofen, comparando las varias partes del imperio, nota á cada paso la diferencia que media entre la actual pobreza é indolencia del pueblo y su anterior riqueza y actividad. Ha pasado el tiempo (apenas hace 100 años), en que Staunton decía: «La grandeza y duración del imperio chino es el más sublime objeto de la contemplación humana. Grandes ciudades, pueblos y templos, ruinas de soberbios edificios, la historia misma de China, son testimonios de una época más gloriosa. Hace 60 años, por efecto de asoladoras guerras civiles, Nankín estaba casi desierta. La misma Pekín prueba su decadencia con las huellas de su antiguo esplendor. Las causas de esta postración son quizás las formas más especiales de gobierno y religión, la perjudicial mudanza del clima, causada por la tala de los bosques que han hecho más violentas y menos frecuentes las lluvias, malos caminos de tráfico, y aumento

de población en algunas provincias del Norte. Añádase á esto el uso del opio, á cuyo vicio se entrega en algunas provincias el 90 por ciento de la población adulta.

El Japón, es por muchos conceptos, una colonia china, pero política y económicamente se ha conservado independiente. Las primeras influencias chinas en el Japón están rodeadas de la misma niebla mística que envuelve toda su historia antigua.

Se atribuye origen divino á Sinmú, primer soberano en el Japón y después de él, según las tradiciones míticas, á otros chinos, especialmente á 300 jóvenes parejas, que el emperador Tsin-chi huang-tí envió allí para encontrar el secreto de la inmortalidad. Llegaron 209 años antes de Cristo y no volvieron. La escritura china no fué introducida en el Japón hasta el siglo III de nuestra era. Fueron enviados embajadores á Corea para buscar allí hombres instruidos, y éstos llevaron consigo á Onín ó Vonín, hombre muy sabio de origen imperial chino, el cual enseñó la escritura y la cultura de su país á los japoneses. No fueron éstos ingratos, y más tarde tributaron honores divinos á su maestro. No menos importante fué la introducción del budhismo, probablemente en el año 543 de nuestra era. La doctrina de Confucio había ejercido anteriormente su influencia como así se echa de ver en las leyes del Jeyey. Los intérpretes de Confucio eran dignatarios de la del Siogún y la lengua japonesa contiene tantas palabras chinas como árabes hay en el Corán. Es digna de observación que estas influencias chinas no hayan llegado directamente al Japón sino pasando por Corea. No tenemos fechas seguras relativas á la introducción de otros adelantos, por ejemplo, la administración interior, la ciencia médica y muchos conocimientos en las industrias.

Sabemos por las relaciones oficiales entre China y el Japón que se enviaban mutuamente embajadores. Dadas estas antiguas y cordiales relaciones entre ambos países, es casi incomprensible la separación absoluta que siguió á una alianza tan provechosa. Después de la conquista de Corea, la China exigió al Japón un tributo. Los japoneses se negaron á pagarlo, y la China se aprestó á atacarlos, pero la escuadra que al efecto prepararon fué dispersada por una tempestad. En tiempo de los Ming volvió á florecer el comercio; mas parece que unos piratas japoneses, que saqueaban continuamente las costas chinas, le causaron grandes perjuicios y acabaron casi por destruirlos. China enviaba con frecuencia embajadores al Japón para quejarse de las devastaciones de aquellos piratas. No se conoce la causa que indujo el gran Schogún Taikosama, á declarar, en 1592, la guerra á Corea y China; quizás deseó aprovechar los desórdenes interiores que á la sazón estallaron en el imperio. La muerte le impidió continuar sus conquistas, y sus sucesores renunciaron prudentemente á la Corea. Desde entonces los dos Estados asiáticos orientales no están en guerra, pero su separación es cada vez más profunda, aunque perjudica en alto grado á sus intereses comerciales.

El Japón también prosperó mucho menos desde su separación de la China, pues en tiempos muy antiguos parece que su comercio, aunque lejano, era más animado. De sus mismos escritos se desprende que los japoneses comerciaban anteriormente con Kara, Kosis, y Jakatra (China, Cochinchina y Java) y Cambodja. Aparecieron los japoneses en las Filipinas á fines del siglo XVI. Cuando los chinos en tiempo de los emperadores mogoles y de la dinastía de los Ming prohibieron emprender largos viajes marítimos con objetos comerciales, los japoneses se dedicaron al contrabando y al robo en las costas de China. Eran el azote del país, como los normandos en Alemania á principios de

la Edad media, y China enviaba embajadas que se quejaban amargamente en la costa del Japón. Se añadió también la disposición de prohibir la construcción de barcos mayores de los que bastaban para el comercio de cabotaje, lo que debilitó en gran manera las expediciones lejanas japonesas en el siglo XVII. El hecho que de las tres islas próximas al cabo Sud de Formosa, la una tiene población china, la otra malaya, la tercera japonesa, demuestra la poca energía de la expansión en el Asia oriental.

El Japón estaba como un puesto avanzado en el tráfico del mundo antiguo con los opuestos países del Océano Pacífico. Los japoneses mismos hacen mención de sus relaciones con los americanos.

Uno de los rasgos característicos de la historia japonesa en lo que se refiere á relaciones exteriores, es su intimidación con Corea. Esta historia no se debe limitar á las islas, sino más bien comprende aquellas partes de Corea que formaban con el Japón un conjunto histórico. No hay noticias de grandes emigraciones, pues las nociones antropológicas ó etnográficas pertenecen á los tiempos prehistóricos. Pero más tarde Corea ha estado también en relaciones con Japón, aunque no siempre pacíficas. Taicosama atacó en 1592 á Corea y pidió, aunque en vano, ocho provincias. Una importante colonia comercial, se estableció hará 300 años en el territorio de Corea, provista entonces de medios de cultura europeos. Corea ofrece regalos al Japón, pero no son otra cosa que prendas de amistad. Los ingleses parecen haber interpretado mal estas relaciones cuando en 1862 trataron, fundándose en la situación inferior de Corea, de aliarse comercialmente con los japoneses. Mucho más enérgica fué la presión de China sobre aquella península relativamente pequeña. Políticamente la situación de Corea es la de un Estado tributario de la China, pero independiente. A la caída de la dinastía Tsin, muchos chinos se retiraron á Corea. Su rey es confirmado por el emperador. En el tiempo de Kublai kan, los mogoles fundaron colonias militares en Corea, y entonces exigieron al Japón el tributo de que hemos hablado, proyectando una expedición á la isla, pero un naufragio dispersó su escuadra. China ha ido estrechando más sus relaciones con Corea. En el año 1872, con motivo de una carestía horrorosa, los coreanos vendieron á los chinos numerosas jóvenes. Cuando los chinos quisieron acabar con las depredaciones, distribuyeron terrenos, establecieron los límites de los distritos y nombraron empleados. El hambre en 1877, que obligó á muchísimos chinos pobres á abandonar las provincias de Petchili y Chansi para refugiarse en Mandchuria, ha favorecido la ocupación del territorio limítrofe.

Las escasas noticias que tenemos acerca de las condiciones interiores de Corea, no dicen nada sobre mercaderes ó colonos chinos, aunque de ellas se desprenda el predominio de la civilización y hasta de la lengua chinas en una parte de la población coreana. Sabido es que Corea, como la China y el Japón, produce mucho arroz, á pesar de ser montañosa. Corea exporta á China sombreros, pieles, ginseng, seda de gusanos silvestres, telas de seda, papel, metales é importa productos de la industria y de la agricultura chinas. Corea demuestra su sumisión espiritual á China haciendo tomar anualmente con solemnidad el calendario de Pekín. A pesar de que la doctrina de Confucio y la de Budha hayan entrado en Corea, son más libres los coreanos que los japoneses, y guardan una forma más pura en la veneración de los antepasados, que en el pueblo bajo es una ruda superstición.

En el Norte del territorio asiático oriental se han conservado restos de dos pueblos, que participaron de distinta